

Lautaro Yankas

## Rotos niños



A perra vida los juntó en el primer enganche para las cosechas de la Frontera. El «Huevo» Canales y el «Chasca» Asenjo eran, como se ve y se verá, dos rotos niños y de acuerdo con su línea se conocieron en la bronca que armaron media hora después de dar sus nombres al capataz de enganche en el chinchel inmediato a la estación de Bulnes. El «Huevo» tenía el genio ligero y la mano ágil para la cachetada o el cuchillo y el «Chasca» no era inválido. De suerte que bastó la talla jactanciosa de éste sobre sus habilidades para que el otro lo parase en el aire.

—Si las sabís toas, habías y por haber, yo vengo saliendo del huevo. Díme entoncés qué se hace con un camote como vos.

—¿Sabís que me gustan los huevos crúos? Sale pa cá desgraciao.

Ahí mismo se probaron. No tenían miras de acabar, ni hacía mucha falta porque faltaban dos horas para el tren y el capataz se había ido al pueblo con los pa-

peles. Los otros hombres, diez por todos, se alejaron unos pasos para que los rivales se golpearan a gusto, curiosos y burlones frente a aquella escena que anunciaba un viaje lleno de peripecias. El «Huevos» era minero fino y su traza corta y recia, la cabeza oblonga y pelada, se movía sin alarde, medida y prudente, a la espera del momento para lanzar sus puños macizos, de combo minero. El «Chasca», delgado y felino, se enroscaba como liana y golpeaba en todas partes sin descanso. Escupía sangre por un colmillo y su cabeza se sacudía en cada esguince para apartar el pelo que se le venía a los ojos. El otro tenía ya un ojo hinchado y el gesto decía que la cosa era brava. Al cabo de media hora el cantinero salió a la ramada y los paró con un grito:

—¡Ya, niños! Sosegarse o llamo a la policía.

Los rivales amainaron, se apartaron y fueron rodeados por los compañeros.

—¡Estos afuerinos del diablo! — agregó el despachero—. Siempre se están sacando la madre por puro gusto.

—Es para conocerse el habla— sentenció un carilargo, de bigote fino que había presenciado la pelea con maliciosa sonrisa. Total que los dos roncós.

—Ja, ja, ja. ¡al Naíta que se hicieron por más que sudaron.

—Quiere decir que los dos son bien hombres.

—Si no se matan no se hacen ná, como ahora. ¿No ven?

—Entonces, tan amigos.

—Son gallos los dos. Un abrazo—dijo el carilargo, acercándolos. Yo sé que el Chasca no es torció. Ven-ga el abrazo.

El Chasca se apretó la faja de un tirón y ensayó una mueca alegre que animó a la gente. Canales se acercó, adusto.

—Nos conocimos peliando—dijo—, y ahora va-mos a ser amigos en la buena o en la mala.

Se abrazaron. La gente se alegró de aquello y se oyeron muchos ¡bravos!

—Es que somos rotos niños—rió el Chasca. Los rotos niños se trenzan una vez no más.

—Los golpes euseñan a gente, ¿no es cierto?—des-lizó el carilargo con disimulo.

—¿Querís aprender la lección?— saltó presto el Chasca.

Estalló una risotada general.

—Está guagua toavía—agregó el Huevo sin mirar-lo.

Con el abrazo, las tallas parecieron sellar aquella amistad tan bien empezada.

\* \* \*

Esa tarde enteraron cuatro semanas en la hacienda «Los Hualles». Era sábado y todavía roncaba la tri-lladora en la explanada de «Los Lingues», a unas cua-dras de la casa patronal. Había veinte hombres entre

carreros, ayudantes de máquina y saqueros. La cosecha tocaba a su fin. Quedaba una loma intacta que se trillaría al día siguiente. Desde la plataforma de la máquina el Huevo cortaba con su cuchillo el cizal de las gavillas. Casi todo el tiempo lo pasaba en eso. El Chasca atendía al ensaque o guiaba carros y descargaba en la boca de la máquina.

—Quea poca pega en la hacienda—habló éste parando junto a su amigo el último carro del día.

—Y qué más querís—atajó el otro sin descuidar su trabajo arriba—. Yo no sé cómo hay aguantaos tanto aquí. Será porque es güenasa la paga.

—¿Y las calillas en la pulpería?

—Mejor no hablar de eso.

—Estos carajos le pagan a uno y después le roban en el boliche.

—Además que on Cosme me tiene más ley... Me llega a comer las manos cuando lo veo.

—A los dos nos mira con ganas. Es zorro el viejo y quiere adivinar lo que pensamos.

—Pa mí que ahora nos echa al camino,

—Hasta ganas tengo de cambiar de aire.

—Pa veraniar está güeno, ¿no te parece, Chasca?

—Me hace falta una ñata.

—¿Y la negra del bajo? No anda mal pa como larse.

—La tierra es tan grande, viejo, y las chinas se hallan en toas partes.

—Es que la negra sabe muchas cosas, guacho culebra.

—Ja, ja. Yo te creía más diablo, Chasca. Esa es capaz de tirarte el lazo y aguacharte en la hacienda.

—Eso no, Huevo.

Este alzaba con blando ademán, una tras otra, las pesadas gavillas, mientras al otro lado un compañero hacía lo mismo en medio del estruendo de engranajes y poleas. Una nube de paja fina llenaba el aire crepuscular, donde apuntaba el enorme tubo del soplador que giraba escupiendo la paja gruesa sobre el montón.

—¿Cuántos quintales llevamos?—pregunta el Huevo, socarrón.

—Cuatro mil—responde el Chasca—; y mañana otros quinientos . . .

—Pcco pa nosotros—declaró su amigo—. Con diez mil podíamos comenzar a hablar.

—De veras. Pa poco, mejor ná.

Silbó el motor y la tarde quedó partida por el grito largo. La gente estuvo atenta un rato a los dientes de la trilladora que devoraba las últimas espigas: la gran correa del motor batió el aire flojeando y el pulso cesó al fin. Las carretas cargadas de trigo se alejaban hacia las bodegas distantes.

Los hombres se encaminaron a las casas. El Huevo y el Chasca iban detrás, silenciosos. Las tierras se sumergían en la penumbra y sólo hacia la derecha, sobre la ancha loma, por donde subía el camino público, se apretaba un disco de luz. El Huevo miró aquella claridad postrera y sus ojos vagabundos se cargaron de torvos reflejos. A él y a su amigo les gateaba la inquie-

tud en la entraña. Los deseos contenidos, la comezón de los pies ligeros, la sombra en los ojos cansados del mismo horizonte, el ruido de las máquinas, la voz agria de la gente mandona... Era tiempo. Si las chinas del bajo los habían entretenido, el término de la faena los empujaba ahora con fuerza mayor, la fuerza de la perra vida. Como ellos los otros. Ahí estaba el ancho camino que subía hacia la luz... ¡Rotos niños! Andando siempre sobre el largo pedazo de tierra altibaja, tanteando a cada paso el azar, con la esperanza de todo y de nada, el instinto y el humor por delante. ¡Rotos niños que se encuentran y se pierden en los caminos, duermen a campo raso, cuando más bajo un galpón o una ramada y se abrazan a la hembra donde el azar los quiere!

Don Cosme hizo llamar al Chasca y al Huevo.

—Se acabó la pega, niños. Aquí están sus cuentas; mírenlas.

—¿Cuánto nos queda, entonces?—preguntó el Huevo embolinado con las cifras garrapateadas en el papel.

—¡No te hagas el lesol! Ahí está el saldo: sesenta pesos. Asenjo, cincuenta y cuatro.

—Ahí tenís, Chasca. Después de echar los bofes por el patrón, esta miseria. Ni pa una cotona.

—¿Creíay entonces que íbamos a salir con tarro e pelo de aquí? Bendito...

—Miren la cuenta de pulpería—dijo don Cosme. Salmón y duraznos en conserva, ¡los niños!

—Ey ta. Nos gusta lo güeno, Así somos y así moriremos.

—... Además, las chinas del bajo... Qué plata van ahorrar.

—Güena cosa, on Cosme—dijo el Chasca, corrosivo. A usté le enseñaron desde chico a chuparse el deo, ¿no es cierto?

—Andando, carajos. A joder a otra parte. Estos rotos atrevíos... es pior tratarlos bien.

—¿Por qué no deja que pasemos la noche aquí? Di albita nos vamos...

—Andando, dije. Ahí está el camino. Ya me están alionando a la gente.

—Dios le pague el buen corazon.

—Ja, ja, ja, viejo tiñoso—dijo el Chasca, ya lejos, bajando el sendero hasta las trancas. ¿Cuánta plata nos pelotió el putas?

—Quién sabe cuánta. Con el enreo e números que había en el papel...

—Viejo zorro. Si lo pillo una vez por ey...

—Cállate, Chasca, que se me revuelven las ganas... Viejo ladrón.

Con el saquito al hombro tomaron rumbo al poniente. En silencio, dejaron atrás la vasta loma que cerraba el horizonte. Bajaban hacia un ancho valle, donde se apozaba la sombra. Los rápidos del río gruñían como canes rabiosos.

—Ayer comenzó la trilla en Cunco-Bajo—musitó el Chasca.

—Pagarán lo mismo— gruñó el otro sin alzar los ojos.

—Qué más querías, guacho, si no valimos más.

—¡Si no fuera por estos rotos niños!

—Trotando por los caminos como los quiltros...

—En verano y en invierno.

—No me digay, que en invierno andaba como tiuque entumío. Estuve a la muerte. Una calentura y unos tiritones. Como un perro, hermano.

—¿Algún rico te amparó?

—Qué esperanza.

—¿Y por qué no te moriste?

—Una china me hizo remedios, me sacó de la sepultura.

—Roto mal agradecío.

—Así es la vida.

Tierra jugosa y llana a los lados del camino. El cielo vaciaba su cosecha de astros. Los hombres sentían el fresco de la noche acodada en el río. Las ojotas chapoteaban en la tierra suelta.

—Ay, Peta—suspiró con festiva pena el Chasca.

—Si no me quieres, pa qué me aprietas— terminó el otro, adusto como la sombra.

—Pucha, me gustaría, me gustaría... [bah]

—Ey tá, qué te gustaría...

—Oye, Huevo, me gustaría tener... ja, ja, ja, un potrero, ... tan grande como el cielo...

—Ey tá, [pa qué querís potrero] Tay difariando.

—Bah, pa dormir en él...

—Oye, dijo el Huevo después de un rato en que el alma parecía subir y agitarse en la noche como un pájaro agorero—; oye, a mí me gustaría tener un piño de ganao tan grande como estrellas hay en el cielo...

—Tá güeno.

Una pausa. En el aire caliente el aleteo de los sueños.

—¿Y ónde vay a meter tanto ganao?—preguntó el Huevo con interés:

—Bah, en el potrero tuyo, en qué otra parte.

—Eso no, guacho amigo. El potrero es mío y no aguanto tu ganao.

—Es que lo meto, no más. Vos no me vay a atajar.

—No lo metís, porque te rajo.

—Me comen las manos, ¿sabís?

—Y a mí desde hace tiempo, cuando nos conocimos.

—Qué milagro, lo mesmito que a mí.

—Nos tenemos ley entonces, Quién lo hubiera pensao. Pa lo que nos demoramos en arreglar cuentas.

Estaban en medio del camino, gachos y atentos, el cuchillo escondiéndose en la manaza negra.

—Cuando dos gallos se estorban.

—De mucho tiempo...

Ya el Huevo se lanzaba a fondo. El Chasca esquivó, movió la izquierda envuelta en su mezclilla, y saltó como un gato. Chasquearon los cuchillos al encontrarse y los hombres se movieron como negras fie-

ras silenciosas. Terrible y enconada lucha. El odio que los acercó un día lejano brotaba ahora con la fuerza del destino aciago. Si el puñetazo era fácil, también lo era el cuchillo y si aquel día no se vió quién era el más vivo ahora lo iba a decir la noche.

Era dos rotos niños. El brazo bien cubierto esquivaba el golpe y los pies encontraban blando apoyo en la tierra. Las narices se ensanchaban buscando aire y el vientre, sensible, se contraía, doblándose a cada pique contrario. El Huevo, ciego, felino, arremetía con una saña habitual; el otro se escurría, cedía terreno y flanqueaba como el puma.

—¡Ay mamita! gimió el Chasca de súbito, sintiendo el pinchazo fatal en su vientre. Apretó el brazo izquierdo a la herida y se agachó lentamente. Su rival se acercó confiado, jadeando, bajas las manos. El Chasca vió el blanco y saltó con sus últimas fuerzas. Cayeron abrazados.

Un ronquido desapacible arañó la sombra y cesó de pronto. Se oyó en seguida el fuelle lento del pecho que se vacía.

—Rotos niños... resolló apenas el Chasca.  
El puño negro de la noche, y su silencio.